

«HABÍA UNA VEZ»

Bien presentado aparece este libro por un maestro, colega del autor, don Juan Sandoval Carrasco. En su prólogo afirma que «Vicente Parrini Ortiz entrega con «Había una vez» un manojo de relatos fluidos en su estilo, estremecidos en la fresca travesura de la imagen que hará que nuestros niños sientan en sus páginas su propio inexpresable clima de maravillas».

Después de revisar un exceso de citas superfluas, estamos frente al autor que pudo economizar tanto preámbulo. El escribe: «Dos grandes ojos verdes miraban caer la lluvia a través de los vidrios de la ventana. Era una lluvia fina, lenta, que parecía una delicada cortina tejida con hilos de agua y trocitos de granizo que caían maravillosamente, como si una mano invisible derramase desde el cielo millones de granitos de arroz sobre la cara de la tierra».

Pueden observarse las características de su estilo: limpieza y sencillez en la imagen apta para la sensibilidad del niño. Sólo que el libro no pierde nunca su atmósfera retórica. Dicho de otro modo, a través de todo el libro, que posee pasajes indiscutiblemente hermosos, persigue el tono opaco de un hombre que anhela narrar con sordina, apretada la rienda de sus impulsos, a fin de satisfacer con cierto tipo de relato, la imaginación que él sospecha en los niños. En niños algo literarios...

A nuestro juicio, esta preocupación estimable, pero errada, impide que los relatos se dramaticen y adquieran esa vida plena que los niños y los adultos aman, identificados en sus mundos respectivos: proporcionalmente inhibidos en sus goces; igualmente atormentados por los frenos de las represiones éticas. Más libres, quizá, los niños de angustia original y de hipócritas convivencias.

Sin embargo, si esta obra se lee a trozos, el lector capta una belleza lograda y una especie de ternura que, obediente al estímulo retórico, se desliza con frialdad por sus páginas.

La portada y las ilustraciones son un acierto de dibujo infantil y llevan la firma de Pedro Lobos. También se insertan, con la sana intención de darle atmósfera al libro, agudas frases de niños.

«LA ÚLTIMA NIEBLA»

Un director norteamericano llevará a la pantalla esta novela breve de María Luisa Bombal, nuestra compatriota, radicada actualmente en los Estados Unidos de Norteamérica.

La acción de esta obra no sobrepasa un texto de ochenta y cinco páginas impresas en letra grande, pero hay en ellas una tensión apasionada de índole erótica, donde la femineidad juega un papel preponderante.

María Luisa Bombal realizó estudios de filosofía y letras en La Sorbonne y basta coger alguno de sus libros, ya sea «La amortajada» o «La última niebla», para darse cuenta de que tras su estilo diáfano, interesado en apariencia por lo exclusivamente estético, existe una seria formación.

Si esta última vale en cuanto al influjo que la cultura adquirida deja en todo creador, debe subrayarse además la finura del temperamento de María Luisa Bombal y la nobleza de su imaginación.

La amalgama de tan primordiales cualidades produce, sin duda, una realidad literaria brumosa, en medio de la cual lo histórico y lo soñado se entremezclan y confunden, nimbándose de esa bruma que traslucen los mejores relatos subjetivos de la literatura inglesa.

El hecho de producir una película cinematográfica con «La última niebla» significa a María Luisa Bombal una fortuna en dólares y quizá si ella compense las imperativas enmiendas, con fines espectaculares, que deberá tolerar en su obra, nuestra prestigiosa y singular artista.